

EN EL CAMINO
de
JELIICOE

Melina
MARCHETTA



1º CAPÍTULO

MOLINO



EN EL CAMINO DE JELICOE

Melina Marchetta

Traducción de Mar Vidal

MOLINO

Título original: *On the Jellicoe Road*.

Autora: Melina Marchetta.

© del texto, Melina Marchetta, 2006.

© de la traducción: Mar Vidal Aparicio, 2012.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2012.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: mayo de 2012.

Diseño de la cubierta:

REF.: MONLO76

ISBN: 978-84-2720-230-6

DEPÓSITO LEGAL: B-II.935-2012

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Prólogo

Mi padre tardó ciento treinta y dos minutos en morir. Los conté.

Sucedió en el camino de Jellicoe, el camino más bonito que he visto en mi vida, donde los árboles forman un dosel de agradable brisa como si se tratara de un túnel a Shangri-La. Íbamos de camino al océano, a cientos de kilómetros de distancia, porque yo quería ver el mar y mi padre dijo que ya había llegado el momento de que los cuatro hiciéramos aquel viaje. Recuerdo haber preguntado, «¿Qué diferencia hay entre una excursión y un viaje?», y mi padre respondió, «Narnie, amor mío, cuando lleguemos lo entenderás». Y estas fueron sus últimas palabras.

La oímos casi de inmediato. En el otro coche, tan incrustado en el nuestro que no podías saber dónde empezaba uno y acababa el otro. Nos dijo que se llamaba Tate y luego se coló a través del cristal y el acero y se encaramó desafiando su propia muerte —solo para estar con Webb y conmigo; para darnos la mano para que pudiéramos agarrarnos a ella con todas nuestras fuerzas. Y luego vino un niño llamado Fitz, pedalando en una bicicleta robada, y nos salvó la vida.

Más tarde, alguien nos preguntó: «¿No sentisteis curiosidad por saber por qué nadie se había cruzado con vosotros antes?».

«¿Sentir curiosidad?».

«Cuando ves a tus padres metidos en bolsas negras de plástico en el camino de Jellicoe, como si fueran una especie de basura, ¿no lo sabes?».

«La curiosidad muere».

CAPÍTULO UNO

Veintidós años más tarde

Sueño con el chico del árbol y, en el momento exacto en que estoy a punto de oír la respuesta que estaba esperando, los focos de las linternas me arrancan de lo que podía haber sido uno de esos momentos perfectos de clarividencia de los que la gente habla durante toda su vida. Si fuera propensa al dramatismo, podría imaginar que mis suspiros se habían oído desde la verja del colegio hasta el pueblo, más abajo.

La pregunta resulta obvia: «¿Por qué las linternas?». Encender la luz contigua a mi cama hubiera resultado mucho menos visible y llamativo. Pero si algo he aprendido en estos últimos cinco años es que el melodrama desempeña un papel especial en las vidas de las personas de la escuela de Jellicoe. Así que, mientras mis mayores mueven las bocas y amenazan con las manos, vuelvo a pensar en mi sueño del chico, porque en él encuentro alivio. Me gusta esta palabra. La convertiré en mi palabra del año. Hay algo en este chico que, sencillamente, me hace sentir que pertenezco. Pertener. Suena como *llegar a ser*. Extraña palabra, pero, dejando de lado la semántica, está ahí arriba, con *alivio*.

En algún punto de ese mundo brumoso que no es ni aquí ni allá, estaré colgada de ese árbol, rodeando la rama con las piernas, con las manos bien abiertas, agarrando el aire embriagador y perfumado de olor dulce del roble. A mi lado, siempre, ese chico. No sé cómo se llama, ni tampoco sé por qué me llama, pero siempre

está allí, poniendo la misma música en uno de esos reproductores de casetes de los años ochenta, una canción sobre árboles de vivos colores y sentimientos eternos por los amigos que hemos dejado atrás. El chico me deja participar y yo canto cada vez la misma estrofa. En ese momento él tiene los ojos acuosos y me provoca una nostalgia que no tengo motivo para sentir, pero que me resulta igual de punzante. No acabamos de llegar nunca al final de la canción, y cada vez que me despierto, me acuerdo que tengo que preguntarle sobre estos últimos versos. Pero, no sé muy bien por qué, siempre se me olvida.

Le cuento historias, muchas historias. Sobre la escuela de Jellicoe y sobre los Paisanos y los Cadetes de una academia de Sydney. Le cuento la guerra que libramos entre nosotros por el territorio. Y le cuento sobre Hannah, que vive en la casa inacabada junto al río, tocando a la escuela de Jellicoe. Hannah, que es demasiado joven para estar ocultándose del mundo y demasiado lista para limitarse a organizar los pases de fin de semana para los chicos de mi casa. Hannah, que cree que me conoce perfectamente. Le cuento sobre la vez cuando hacía octavo, justo después de que el Ermitaño me susurrara algo al oído y luego se disparara, cuando fui a buscar a mi madre pero solo llegué a medio camino. Le cuento que eché las culpas de ello al Cadete.

El chico del árbol solloza desesperadamente cuando le cuento lo del Ermitaño y mi madre, pero cada vez que menciono a Hannah se le ilumina la mirada. Y cada vez me pregunta: «Taylor, ¿y qué hay del Brigadier que te vino a buscar ese día? ¿Qué fue de él?». Intento explicarle que el Brigadier no tiene importancia en mi relato, pero él siempre mueve la cabeza, como si supiera algo más que yo.

Y hay veces, como esta, en que se inclina hacia mí para recordarme lo que me susurró el Ermitaño. Se acerca tanto a mí que siento su olor a árbol del té y a sándalo y aguzo el oído para que no se me olvide nunca más. Aguzo el oído, con la necesidad de saber, porque,

de alguna manera, por motivos que desconozco, lo que dice será la clave de todo. Se acerca a mí y me susurra al oído...

—¡Es la hora!

Vacilo un par de segundos, por si acaso el sueño siguiera flotando en el aire y pudiera volver a meterme en él en este momento crucial. Pero el foco de las linternas me daña los ojos y cuando logro apartarlos puedo ver la impaciencia ignorante reflejada en los rostros de mis mayores.

—Si quieres que te asustemos, Taylor Markham, te asustaremos.

Salto de la cama y me pongo el jersey y las botas y agarro el inhalador.

—Lleváis pijamas de franela —les recuerdo, tajante—. ¿Cómo queréis que os tenga miedo?

Me llevan pasillo abajo, más allá de las habitaciones de los mayores. Veo a las otras chicas de undécimo curso de pie ante sus puertas, mirándome. Algunas, como Raffaella, intentan cruzar la mirada conmigo, pero yo no se lo permito. Raffaella me hace poner sentimental y en mi vida no hay lugar para sentimentalismos. Pero, por un solo momento, me acuerdo de aquellas primeras noches en la residencia, hace cinco años, cuando Raffaella y yo nos tumbábamos de lado y ella escuchaba una historia de la que yo ya no me acuerdo, de cuando vivía en la ciudad. Pero siempre me acordaré de la mirada de horror en su cara. «Taylor Markham —me dijo—, voy a rezar por ti». Y aunque tuve ganas de burlarme de ella y explicarle que ya no creía en nada ni en nadie, me di cuenta de que nadie había rezado nunca por mí. Así que se lo permití.

Sigo a los mayores por los dos tramos de escalera abajo y hasta los dormitorios de las pequeñas.

La ventana que hay aquí se supone que es la menos visible de la casa. De hecho, he llegado a dominar la bajada desde mi propia ventana, pero no me he atrevido nunca a contárselo a las mayores. Me da más libertad y significa que no tengo que explicarles todos

mis movimientos a las siete espías de mi dormitorio. Yo empecé como una de ellas. Aquí te eligen de muy joven.

A través de la suave tela de mi bota se me clava un espino y lo dejo un momento, esperando hasta que me empujan hacia delante. Camino delante de ellos, dejándolos que hagan su papel.

El sendero que lleva hasta la cabaña de la reunión solo se distingue en plena oscuridad por la sensación de tierra blanda bajo los pies. A oscuras, uno de los mayores tropieza detrás de mí. Pero yo sigo andando, con los ojos cerrados, muy concentrada. Desde que me sacaron del dormitorio, en séptimo, he sido entrenada para tomar el mando, exactamente igual que los protegidos de las otras casas. Cinco años es mucho tiempo de espera y, de alguna manera, durante este tiempo me cansé. Así, cuando llegamos a la cabaña y entramos y siento los aires de hostilidad que me golpean la cara, empiezo a tramar mi huida de este lugar. Excepto que esta vez no estaré en octavo y no tendré a un Cadete pegado a mí. Estaré sola. Según Dickens, la primera regla de la naturaleza humana es el instinto de supervivencia, y cuando le perdone por haberse inventado un personaje tan patético como Oliver Twist, le daré las gracias por el consejo.

Hay velas que iluminan el camino de tierra cubierto con lona, donde los mayores de todas las casas se sientan con sus sucesores, mientras esperan el veredicto.

—Esta es la ceremonia oficial de legado —dice el que está al mando—. Tiene que ser sencilla. Esto no es una democracia. El de arriba manda y punto. Solo puede ser reemplazado si cinco de los seis líderes de casas firman un documento declarándolo incompetente. El que manda tiene la última palabra en todo lo que se intercambia entre los Cadetes y los Paisanos. Solo él, o ella, tienen derecho a rendirse al enemigo.

Richard, de Murrumbidgee House, hace un sonido como si se estuviera reprimiendo una carcajada. No sé si lo hace porque está

convencido de que el puesto es suyo, o porque se ríe de la idea de que alguien pudiera rendirse al enemigo, pero el sonido me irrita profundamente.

—Lo importante es no soltar nunca nada —prosigue el que está al mando—, en especial a los profesores y al personal de los dormitorios. Cada vez que el coordinador de dormitorio convoca una reunión, limitaos a esperar y poned cara de estar escuchando atentamente, pero no dejéis que sepa nunca lo que ocurre fuera de horario.

—¿Que es...? —pregunta educadamente Ben Cassidy.

—¿Disculpa? —dice uno de sus mayores.

—Bueno, ¿qué ocurre exactamente fuera de horario?

—¿Adónde quieres ir a parar ahora? —insiste su mayor.

Ben se encoge de hombros:

—Todo el mundo habla siempre de lo que pasa fuera de horario, pero en realidad, es como si nunca pasara nada, aparte de estas reuniones.

—Pues, para empezar —le dice el que está al mando—, no te metas con estas reuniones.

—Mira, no es que no se enteren de lo que pasa —prosigue Ben—. Esa vez que estaba con Hannah y nos estábamos tomando sus bollitos, y ella me estaba haciendo cientos de preguntas, como es habitual. —Nos mira al resto de protegidos, como si estuviéramos muy interesados—. Los hace ella misma. Mmm... oh, ¡son riquísimos! Bueno, nos pusimos a hablar y yo le dije: «Hannah, vives en esta casa desde que estoy aquí y tiene la mejor vista de pájaro sobre todas las otras casas, ¿qué crees que sucede fuera del horario escolar?».

—¡Menuda pregunta para alguien que está constantemente hablando con el jefe de estudios! —exclama Richard—. Eres tonto del culo, Cassidy.

—No teníamos mucho donde elegir —dice el jefe de Clarence House, mientras le dedica a Ben una mirada mordaz y le da una colleja. Ben pone cara de resignación. En séptimo lo zurraban al

menos una vez al mes, normalmente sus mayores. Iba a visitar a Hannah, cosa que me molestaba porque él tenía a su propio adulto al cargo de su casa y, a mí, lo que más me molestaba en séptimo, después de haber vivido con Hannah en su casa inacabada durante todo el año anterior, era compartirla con el resto de la escuela. La revelación de que era una preguntona me resulta todavía más irritante. A mí Hannah jamás me pregunta nada.

—¿Qué tipo de bollitos? —le pregunto. Él levanta la vista hacia mí, pero su mayor le da otra colleja.

—Bueno, cambiemos de tema —dice Richard, impaciente—. ¿Podemos ir al grano?

Los que están al mando se miran entre ellos y luego nos vuelven a mirar. Y luego me miran a mí.

Oigo las palabrotas al instante, la rabia, la desconfianza, el rumor de veneno mascullado por casi todos en la sala, excepto los mayores. Sé lo que están a punto de decir pero no sé cómo me siento. Solo adormecida, como siempre, supongo.

—No eres una opción popular, Taylor Markham —dice el que está al mando, por encima del rumor de las voces—. Eres demasiado imprevisible, tienes un mal historial; y haber huido con alguien de la banda enemiga, por muy joven que fueras, fue una mala decisión por tu parte. Pero conoces todos los recovecos de este lugar y llevas aquí más tiempo que nadie, y este es el mayor activo que se puede tener.

Uno de mis mayores me da unos golpecitos en las costillas y supongo que me toca levantarme.

—A partir de ahora —prosigue el que está al mando—, ya no respondemos a más preguntas ni damos consejos, de modo que no vengáis a consultarnos. Ya no existimos. Mañana nos vamos a casa a estudiar y entonces ya no estaremos y nuestro papel aquí habrá terminado. Así que nuestra pregunta es: ¿Contamos contigo, o se lo damos a nuestro siguiente candidato?

No esperaba una pregunta ni una alternativa. Hubiera preferido que, sencillamente, me ordenaran ponerme al mando. No hay nada en este papel que desee desesperadamente. Sin embargo, estar bajo el control de cualquiera de los protegidos de esta sala, ni que sea por un segundo, me parece una perspectiva repugnante, y sé que si yo no estoy al mando, tendré que pasarme muchas noches de vigilia, congelándome el culo en medio del monte.

Cuando estoy lista, asiento con la cabeza, y el que está al mando me entrega un cuaderno violeta y un papel grueso, doblado, que sospecho que es el mapa en el que se indican las posesiones de cada uno en las guerras territoriales. Entonces los de duodécimo año empiezan a marcharse y, como ocurre con las cosas insignificantes, al segundo de haberse marchado es como si jamás hubieran existido.

Me vuelvo a sentar y me preparo para lo que sé que está a punto de suceder. Cinco jefes de casas listos para la batalla. Y un enemigo común: yo.

—Tú no deseas esto; nunca lo has querido. —Creo que el comentario viene del jefe de Murray House, que en realidad nunca ha hablado conmigo. O sea que la idea de que crea saber lo que yo quiero me resulta interesante.

—Baja y cinco de nosotros te apuntaremos —dice Richard, mirando a los otros—. Saldrás de tu desgracia y empezaremos a organizar la clandestinidad.

—Richard tiene unas cuantas ideas fantásticas —explica la muchacha de Hastings House.

—Tú no tienes don de gentes, Taylor.

—Y nunca vienes a las reuniones.

—Y el año pasado, no reuniste información secreta contra los Cadetes ni una sola vez.

—Pasas demasiado tiempo con problemas con Hannah. Si es una carga para ti, lo será para nosotros.

—Todo el mundo te importa una mierda.

Los ignoro e intento volver mentalmente al chico del árbol...

—¿Nos estás escuchando?

—Bueno, limitémonos a votar.

—Si cinco dicen que queda fuera, queda fuera.

...vuelvo al árbol ...a inhalar el embriagador aire perfumado y a escuchar una canción sin final, a un chico con una historia que necesito comprender.

—Es la peor decisión de todas las que sé que han tomado.

—Tranquilos todos. Votemos y punto.

—Cuando yo estaba en su casa quemó toda la ropa de la lavandería. ¿Cómo se puede confiar en ella?

—Los bollitos eran de pasas.

La voz corta a todas las demás y levanto la vista. Ben Cassidy me está mirando. No sé lo que veo en sus ojos, pero me devuelve a la realidad.

—¿Qué haces, Ben? —pregunta Richard en voz baja, con tono amenazador.

Ben se lo toma con calma y luego mira a Richard.

—El que está al mando se lo ha pasado, y eso lo debemos respetar.

—Todavía no hemos decidido que ella sea la líder.

—Necesitáis cinco votos contra ella —les recuerda Ben.

—¿Murray? ¿Hastings? ¿Darling? —les dice a los demás, uno a uno.

Evitan mirarme y me doy cuenta de que lo llevan ensayado.

—Clarence...

—Raffaella cree que tenemos que ir al Árbol de las Plegarias —interviene Ben, antes de que Richard lo arrastre. Adivino que no lo han hablado entre ellos. Está considerado como la relación más débil... excepto cuando necesitan su voto. Craso error.

—Esto es lo único que queremos de los Paisanos —murmura Ben, sin mirar a nadie.

Richard lo mira, asqueado.

—Y, por supuesto, el club es una prioridad —vuelve a la carga Ben, y me da la sensación de que se lo pasa bien.

Silencio. Muchísimo silencio, y me doy cuenta de que tengo el único voto que me hará estar dentro. De momento, al menos.

—¿Quién está al mando de los Paisanos este año? —pregunto.

Estoy mirando a Richard. Él se da cuenta de que he venido a quedarme y, a pesar de la expresión de su rostro que refleja traición, puñalada trapera, petulancia, odio, venganza y todo lo demás en lo que piensa destacar, me concede mi momento.

—Tarde o temprano lo sabremos —dice.

Pero a mí me gusta este poder.

—¿Ben? —digo, sin dejar de mirar a Richard.

—¿Sí?

—¿Quién está al mando de los Paisanos estos días?

—Chaz Santangelo.

—¿Moderado o fundamentalista?

—Temperamental, así que tenemos que ponernos de su lado bueno.

—Los Paisanos no tienen ningún lado bueno —dice Richard, pero yo no le presto atención.

—¿Nos lo va a poner difícil? —le pregunto a Ben.

—Siempre. Pero no es ningún matón —dice Ben—, a diferencia del jefe de los Cadetes.

—¿Quién? —ladra Richard.

Veo que Ben casi se agacha, como si una mano fuera a levantarse para darle una colleja.

—Lo primero es lo primero. Este año pondremos a los Paisanos de nuestro lado —digo, ignorando a todos excepto a Ben.

Los rumores de disconformidad son como una de estas canciones de la radio que siempre llegan al número uno. Te aprendes la melodía al minuto uno y te empieza a aburrir al minuto dos.

—No lo hemos hecho nunca —irrumpe Richard.

—Y mira adónde nos ha llevado. En los últimos años hemos perdido un territorio considerable. Se lo han repartido entre los Cadetes y los Paisanos. No nos queda mucho que perder.

—¿Y qué hay del Árbol de las Plegarias? —insiste Ben.

—El Árbol de las Plegarias no es una prioridad —digo, mientras me levanto.

—Raffaela cree que el trueque hecho hace tres años fue inmoral —afirma.

Intento no recordar que Raffaela, Ben y yo nos pasamos juntos buena parte del séptimo año, escondidos con Hannah. Ni siquiera recuerdo la historia de Ben. Un montón de padres adoptivos, creo. Y uno de ellos le puso un violín en las manos y le cambió la vida.

—Hazme un favor —le digo, con un tono un poco dramático—. No vuelvas a meter la moralidad en lo que hacemos aquí.

CAPÍTULO DOS

Cuando ha terminado, cuando soy la única persona que queda en ese suelo de tierra cubierto de lona, cuando las velas se han apagado y el sol ya ha salido, me marcho a la casa de Hannah junto al río. La casa de Hannah está inacabada desde que tengo uso de razón. En el fondo, creo que esto siempre ha sido un alivio para mí, porque la gente no deja las casas inacabadas.

Trabajar en su casa ha sido mi castigo desde que llegué a este lugar hace seis años. Es el castigo por no tener ningún otro sitio adonde ir por vacaciones, o por no haber respetado el toque de queda, o por haberme fugado con un Cadete en octavo. A veces me aburro tanto que, sencillamente, voy a verla y le digo que me he saltado el toque de queda y ella me dice: «Bueno, pues te has quedado sin los privilegios del sábado, Taylor» y me hace trabajar todo el día en la casa con ella. A veces no nos decimos ni una palabra, y otras veces me hincha las orejas con su parloteo sobre todo y nada. Cuando esto ocurre, entre nosotras hay una familiaridad que me dice que no es simplemente mi cuidadora de casa. En esta función, ella se encarga de hacer la lista de turnos, nos avisa de los cambios de casas y de los horarios de exámenes, o de los grupos de estudio, o de los castigos. A veces se queda con los más pequeños y les ayuda a hacer los deberes. O los invita a su casa y les prepara la merienda y les da alguna mala noticia, como que se ha muerto un abuelo, o que un padre tiene cáncer, o se inventa alguna historia fantástica

para justificar que el padre o la madre de alguien no podrá venir el fin de semana.

Los padres ausentes no son raros en este lugar, probablemente porque una décima parte de los alumnos están a cargo del Estado. La escuela de Jellicoe es estatal. No es por el dinero o la religión, pero es selectiva, de modo que la mayoría de nosotros somos muy listos. El resto es una mezcla de chicos locales y de hijos de ecologistas alternativos que creen que educar a sus hijos en el monte les inculcará el amor por la naturaleza. Pero la realidad es que la mayoría de alumnos corren a la ciudad al segundo de acabar el duodécimo curso y se integran plenamente en la sociedad competitiva para no volver a mirar atrás nunca más. Y luego están otros como Raffaella, que es una Paisana, del pueblo, y está interna aquí con el resto de nosotros porque sus padres son maestros en el instituto de Jellicoe, porque sus padres creen que es mejor para ella no tener que vivir allí. Los padres de Richard son diplomáticos que viven en el extranjero casi siempre, pero sus abuelos viven en el distrito en las afueras de la zona, de modo que esta pareció que era su mejor opción.

Yo no sé dónde me adapto. Un día, cuando tenía once años, mi madre me trajo en coche hasta aquí y, cuando estaba en el baño del 7-Eleven, en la carretera de Jellicoe, se marchó y me dejó. Es uno de estos momentos que definen tu vida, cuando tu madre te hace algo así. No es que no vayas a perdonarla, porque yo la perdono. Es como una de esas películas de terror en la que el protagonista es atacado por un zombi y tiene que convencer a la protagonista de que le dispare, porque al cabo de diez segundos ya no será el mismo de antes. Tendrá la misma cara, pero ya no tendrá alma. No sé quién era mi madre antes de las drogas y todo el resto, pero durante el tiempo interrumpido que pasamos juntas vi destellos de una pasión superior a cualquier cosa que jamás haya vivido. La mayoría del resto de veces era una zombi que me miraba y me decía cosas como «Yo no te puse nombre, te lo pusiste tú». Como yo me lo imagino

era que cuando yo nací ni siquiera se molestó en darme una identidad. Claro que hay una historia detrás de todo esto y ella no es tan claramente un demonio, pero mi versión me mantiene centrada. Obviamente Hannah conoce una de las otras versiones, pero como todo, la mantiene en secreto.

Normalmente, en especial estos días, parece que estamos siempre enfadadas, y hoy no es distinto.

—Aquí tienes los traslados —dice, entregándome una hoja. Yo ni siquiera me molesto en mirarla.

—Mi casa ya está llena. No acepto más traslados —le digo.

—En esta lista hay algunas chicas muy frágiles.

—Pues entonces, ¿por qué me las pasas a mí?

—Porque tú estás aquí durante las vacaciones.

—¿Qué te hace pensar que no tengo adónde ir estas vacaciones?

—Quiero que las tomes bajo tu ala, Taylor.

—Yo no tengo alas, Hannah.

Se me queda mirando. Las miradas de Hannah están siempre cargadas. Una combinación de decepción, resignación y exasperación. Nunca mira a nadie más de esta manera, solo a mí. Todos los demás reciben bollitos de pasas, sonrisas cálidas y un montón de preguntas, pero yo recibo miradas llenas de rabia y dolor y preocupación y algo más que nunca acabo de entender. Con los años he acabado aceptando que no fue ninguna casualidad que Hannah pasara por el camino de Jellicoe cinco minutos después de que mi madre me abandonara. Ella nunca ha fingido que lo fuera, en especial durante aquel primer año, cuando me quedé a vivir con ella, antes de empezar la secundaria. En séptimo, cuando me trasladé a los dormitorios de la residencia, me sorprendí de lo mucho que la echaba de menos. No vivir en la casa inacabada me parecía como si me alejara un paso de entender algo más sobre mi pasado. Cuando busco alguna pista, mis pesquisas me devuelven siempre a una persona: Hannah.

Le cojo la lista de las manos, solo para deshacerme de ella.

—No estás durmiendo. —No es una pregunta, solo una afirmación. Se me acerca, me toca la cara y yo parpadeo y me aparto.

—Ve a prepararte algo de comer y luego vete a clase. Así llegarás a la segunda hora.

—Estoy pensando en marcharme.

—Te marcharás cuando acabes la escuela —me dice, rotunda.

—No, me marcharé cuando quiera y tú no me lo puedes impedir.

—Te quedarás hasta el final del año que viene.

—Tú no eres mi madre.

Se lo digo cada vez que quiero hacerle daño, y cada vez espero que tome represalias.

—No, no lo soy —suspira—. Pero, de momento, soy lo único que tienes. Así que volvamos a la parte en que te preparas algo de comer y te vas a clase.

A veces es como si la tristeza se hubiera instalado en su cara y no quisiera marcharse, una tristeza insuperable, y a veces veo también desesperación. Una o dos veces también le he visto algo totalmente distinto, como cuando el gobierno mandó tropas al extranjero a luchar; estaba desconsolada. O cuando cumplió treinta y tres años. «La misma edad de Jesucristo cuando murió», bromeé. Pero recuerdo la cara que puso: «Tengo la misma edad que mi padre cuando murió —me dijo—. Soy más mayor de lo que él será nunca. Hay algo en ello que no es natural».

Luego hubo aquella vez en octavo, cuando el Ermitaño me susurró algo al oído y luego se disparó, y yo me escapé con aquel Cadete y el Brigadier nos llevó de vuelta. Recuerdo que la cara severa del Brigadier tenía aspecto de estar intentando con todas sus fuerzas parecer severa. Hannah no lo miró, y recuerdo que le costó mucho esfuerzo no mirarlo. Se limitó a decirle: «Gracias por traerla a casa», y me dejó quedarme en su casa inacabada junto al río. Me abrazó

fuerte toda la noche porque en algún lugar de la ciudad donde el Brigadier nos encontró habían desaparecido dos niños y Hannah dijo que podíamos haber sido fácilmente el Cadete y yo. Los encontraron al cabo de unas semanas con un tiro en la nuca cada uno, y Hannah lloraba cada vez que salía por las noticias. Recuerdo que le dije que pensaba que el Brigadier era el asesino en serie y fue la primera vez que la vi reírse en mucho tiempo.

Hoy le ocurre algo y no llego a entender qué es. Miro por la sala y me doy cuenta de lo ordenada que está. Incluso su manuscrito parece bien colocado en una pila en una esquina de la mesa. Lleva escribiendo la misma novela desde que la conocí. Normalmente la tiene escondida, pero yo sé dónde encontrarla, como esos chicos adolescentes de las películas que saben dónde esconde las revistas porno su padre. Me encanta leer sobre chicos de los años ochenta, aunque no logro saber de qué va la historia. Hannah todavía no la ha estructurado correctamente. Me he acostumbrado tanto a leerla sin un orden... pero un día me gustaría ordenarla sin preocuparme de que vaya a aparecer y pillarme leyéndola.

Me ve mirando las páginas.

—¿Quieres leerla? —me pregunta en voz baja.

—No tengo tiempo.

—Llevas años queriendo leerla, de modo que, ¿puedo preguntarte por qué no, ahora que te lo ofrezco?

—Esto es una novedad —le digo.

—¿Qué?

—Que me preguntes algo.

No responde.

—Nunca me preguntas nada —la acuso.

—Bueno, ¿y qué quieres que te pregunte hoy, Taylor?

La miro y, como siempre, la odio por no saber lo que necesito de ella.

—¿Quieres que te pregunte dónde has estado toda la noche? ¿O

prefieres que te pregunte por qué siempre tienes que ser tan complicada?

—¡Preferiría que me preguntaras algo más importante que esto, Hannah!

Como, por ejemplo, cómo se supone que debo dirigir una comunidad, quiero decirle. O qué pasará conmigo el año que viene. ¿Desapareceré, sencillamente, como desaparecieron anoche nuestros insignificantes líderes? ¿Y adónde iré?

—Pregúntame qué me susurró al oído el Ermitaño aquella noche.

Me doy cuenta de que se ha quedado atónita, con los ojos de color avellana abiertos de par en par ante el impacto de mi petición. Tarda un momento, como si necesitara recobrar el aliento.

—Siéntate —me dice, en voz baja.

Niego con la cabeza y levanto la lista que me ha dado:

—Lo siento, no tengo tiempo. Tengo a unas chicas frágiles de las que debo ocuparme.

Cuando regreso, las clases ya han acabado y todo el mundo empieza a marcharse a sus residencias. Jezza McKenzie está sentada en las escaleras del porche. A pesar de ser de séptimo y de vivir en Hastings, en algún rincón de mi peor pesadilla se me ha quedado pegada y no hay nada, ni la rabia, ni los insultos ni la crueldad más terrible, capaz de arrancarla de mi lado.

—No me sigas, estoy ocupada. —Sigo andando. Evito mirarla, porque eso la animaría. Que alguien quiera algo de otra persona cuando esta no le da absolutamente nada a cambio me alucina. Tengo ganas de decirle a esta niña: «Sal de mi vida, retrasadita». Ahora que lo pienso, ya se lo he dicho realmente y al día siguiente vuelve a estar aquí como una especie de yoyó masoquista.

—Crean que los Cadetes van a llegar en cualquier minuto y que

esta vez van en serio. —Jezza McKenzie habla siempre con la voz entrecortada, como si en toda su vida no hubiera dejado de hablar lo bastante como para recobrar el aliento.

—Diría que el año pasado ya iban en serio, cuando tiraron todas las bicis del colegio por el barranco.

—Sé que tú también estás preocupada. Te lo noto —me dice a media voz, como si fuera una especie de psicóloga.

Ahora me rechinan los dientes. Intento no hacerlo, pero me rechinan igualmente.

Llego a la puerta principal, muerta de ganas de encontrar una oportunidad de cerrarle la puerta en las narices, pero Jessa McKenzie todavía me sigue, como esos fox terriers obsesivos que se te pegan a la pernera del pantalón y tiran de ella.

—Las chicas de mi antiguo dormitorio tienen miedo, ¿sabes? —me explica—. ¿Las de séptimo? —Como si le hubiera preguntado algo—. Es porque los mayores no paran de hablar de que vienen los Cadetes y de lo terribles que son. Creo que deberías hablar con ellas, Taylor. Ahora que eres líder... —se me acerca un poco y me susurra— ... *de los UC*.

Tengo la mano en el pomo de la puerta, ya casi estoy, casi... pero de pronto me detengo porque algo se aloja en mi cerebro como un proyectil.

—¿Qué has querido decir con «mi antiguo dormitorio»?

Está radiante. Le brillan las pecas.

Bajo la vista hacia el papel de los traslados que tengo en la mano y luego vuelvo a mirarla. Lo abro lentamente, sabiendo exactamente qué nombre estoy a punto de ver en él, trasladada a Lachlan House. Mi casa.

—No tienes ni idea de lo mucho que puedo ayudar —dice—. Raffaella cree que estaré mucho mejor en las habitaciones de las mayores que en los dormitorios.

—¿Y Raffaella qué sabe?

—Cree que puede averiguar dónde está el túnel —oigo decir a Raffaela detrás de mí.

—Mi padre solía decir...

Pero ya no escucho lo que el padre de Jessa McKenzie solía decir. Estoy emparedada entre mis dos peores pesadillas.

—Felicidades —dice Raffaela—. Aunque creo que Richard y los demás ya están organizando un golpe. —Raffaela tiene esa actitud de cosa trascendente, de mujer mayor.

—Yo también te felicito —añade Jessa McKenzie, todavía radiante.

—Averiguaremos dónde está el túnel —dice Raffaela— y recuperaremos el Árbol de las Plegarias, y aprenderemos a...

Me gustaría estar delante de mi ordenador, que te permite tocar una tecla y bloquear tu correo basura. Estas dos son mi correo basura.

—Pero Taylor —prosigue Jessa con esa voz suya, molesta y entrecortada—, has de conocer a las chicas de tu casa porque dice Chloe P. que abajo en los dormitorios apenas te conocen.

—¡Llegada! —Esta voz proviene de una de nuestras chicas apostada en el árbol de vigilancia.

Raffaela y yo nos miramos antes de que ella empiece a meter a las jóvenes dentro de la casa.

Los Cadetes ya han llegado.

Estoy al mando.

Las guerras territoriales están a punto de volver a empezar.

Conocieron a Jude Scanlon por primera vez exactamente un año después del accidente. En aquel momento, Webb pensó que nada volvería a tener sentido nunca más. Ahora el dolor era más intenso porque, hasta entonces, Narnie y Tate y Webb se habían sentido sencillamente adormecidos, y si no llega a ser por la energía de Fitz, que los sacaba de su

tristeza, Webb creía sinceramente que los tres habrían acabado haciendo algún tipo de pacto suicida enloquecido. Pero durante aquel año, cuando tenían catorce años, el entumecimiento se fue desvaneciendo, reemplazado por recuerdos que llevaron a Narnie a desaparecer dentro de sí misma y a él a sentir dolor. Vio lo mismo en Tate. A pesar de su capacidad de disfrutar de la mayoría de sus días juntos, a veces su desesperación era tan grande que, en un momento de melancolía, cuando se permitía pensar en su familia, casi dejaba de respirar y él la abrazaba y le decía: «Estoy aquí, Tate, estoy aquí, estoy aquí...». Además de a sus padres, en el accidente Tate había perdido también a su hermana pequeña. «Jugábamos a piedra, papel o tijera —le contó una vez—. Yo era papel y ella piedra, así que yo viví y ella murió».

Aquel año, una escuela de la ciudad decidió hacer un experimento y mandar a todos sus estudiantes de octavo a undécimo curso a un proyecto de seis semanas de educación sobre naturaleza, como parte de su programa Cadete. Vivirían junto al río desde mediados de septiembre hasta la semana posterior a las festividades de octubre.

—Podemos jugar a las batallas —dijo Fitz, aferrando su pistola, con los ojos brillantes y llenos de posibilidades mientras la caravana de autobuses avanzaba hacia la ciudad.

Mientras su tropa de Cadetes avanzaba por el camino de Jellicoe, con sus botas golpeando el suelo y eliminando todo lo que se les ponía por delante, Jude Scanlon se fijó en las amapolas aplastadas. Parecía haber cinco, encorvadas y deformadas, con trozos pegados a la bota del chico que tenía delante; irremediablemente estropeadas. Por motivos que no era capaz de entender se sintió invadir por la tristeza, y fue entonces cuando vio a la muchacha, de pie al otro lado del camino, con los ojos como charcos de tristeza absoluta y el pelo castaño claro iluminado por los rayos de sol que se colaban por entre los árboles. Era como si hubiera visto un fantasma, una especie de aparición que lo acechó durante toda

la noche. Al día siguiente se sorprendió regresando al mismo lugar, fuera de horario, con cinco semillas en el bolsillo. Entonces, arrodillado, plantó algo por primera vez en su vida.

—Han de ir más hundidas —oyó decir a una voz—, o las raíces no se aguantarán.

Eran cuatro, dos chicos y dos chicas. Reconoció a una de las chicas del día anterior y algo se le agitó en el interior. Adivinó que el que había hablado estaba emparentado con ella, tenía el pelo del mismo castaño dorado, aunque tenía los ojos llenos de vida. La niña al otro lado del que habló sonreía delicadamente, y luego había otro niño de sonrisa maliciosa y ojos risueños.

—Tate —dijo la niña sonriente, ofreciéndole la mano—. Y estos son Webb y Fitzzy, y creo que ayer casi conociste a Narnie.

Narnie.

—No... no queríamos...

El chico, Webb, movió la cabeza.

—Pasa siempre.

—Tal vez deberías encontrar otro sitio para plantar tus flores.

—No puede haber ningún otro sitio —dijo Webb en voz baja.

Jude sacó el resto de semillas de su bolsillo y cogieron una cada uno, y luego, uno al lado del otro en el camino de Jellicoe, plantaron las amapolas.

Cada día, a la misma hora, Jude regresaba y los encontraba allí, encabezados por Webb, cuya vida no podía ser más distinta de la de él. Mientras los recuerdos de infancia de Webb eran idílicos y sencillos, los de Jude apestaban a indiferencia y a impostación. Webb leía fantasía, Jude leía realismo. Webb creía que una cabaña en un árbol era el lugar ideal para tener una perspectiva distinta del mundo, mientras que Jude la consideraba perfecta para vigilar y averiguar quién o qué los amenazaba. Discutían sobre normas deportivas y letras de canciones. Jude veía

el valle enfangado, Webb veía Brigadoon. Y a pesar de todo esto, conectaban, y las noches que pasaban en la cabaña del árbol hablando de sus mundos nuevos y osados y de sus emociones no tan osadas hacía que todo lo demás en sus vidas se volviera insignificante. De alguna manera, el mundo de Webb, Fitz, Tate y Narnie se convirtió en el centro de la vida de Jude.

Al año siguiente, mientras los autocares de los Cadetes se dirigían a Jellicoe, Jude buscaba desesperadamente una señal. Una señal que le dijera que las cosas volverían a ser como el año anterior. Se había pasado casi todo el año pensando en ellos. ¿Se habrían desenamorado? ¿Seguiría teniendo Narnie aquel aspecto mortecino? ¿Se habría metido Fritz en algún lío? ¿Habrían superado su amistad con él?

Pero ahí estaban, en las escaleras del almacén general de Jellicoe, donde los Cadetes iban siempre en busca de provisiones. Esperando. Esperándole.

—¿Quiénes son? —le preguntó el Cadete que se sentaba a su lado.

Jude miró a la cara de Webb, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Son mis mejores amigos. Y lo serán hasta que me muera.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta.
Lo que quiero de todas las personas de mi vida, quiero decirte.
MÁS.

Taylor Markham no es muy popular. Ella es imprevisible y nunca llega a tiempo a las reuniones. Por no mencionar el incidente en el que corrió en busca de su madre y se quedó a medio camino de Jellicoe. Pero, al haber pasado la mayor parte de su vida interna en la escuela, ha acabado convirtiéndose en alguien valioso. Sobre todo ahora que los Cadetes tienen un nuevo líder, el infame Jonah Griggs, y las guerras territoriales entre los tres grupos, los alumnos de Jellicoe, los Prisioneros y los Cadetes, están a punto de reanudarse.

Sin embargo, Taylor tiene otras cosas en mente: un árbol, el Ermitaño que le susurró al oído y un dibujo vagamente familiar en la comisaría de policía local...

Así que, cuando desaparece Hannah, la única persona en la que se apoyaba, deberá enfrentarse a su pasado y averiguar qué es lo que pasó realmente en Jellicoe, dieciocho años atrás.

1º CAPÍTULO

MOLINO



www.rba.es



9 788427 202306